

PSICOANÁLISIS

FREUD, JUNG Y LA COMPETENCIA MAESTRO-DISCÍPULO

(Rev GPU 2016; 12; 2: 208-215)

Ramón Florenzano¹, Sophia Igor

Este trabajo revisa la ruptura de la relación profesional y personal de Sigmund Freud y Carl Jung, relacionándola con las etapas de los ciclos vitales de ambos, así como con la historia del movimiento psicoanalítico y el contexto de la Europa de pre-guerra. Esos fueron años de reconocimiento público de la obra de Freud, durante un periodo que representó un punto de inflexión en la historia del resto del siglo. Se revisan las diferentes hipótesis acerca de esta ruptura: diferencias teóricas; el rol de Sabina Spielrein; las consecuencias del viaje a Estados Unidos de 1911, y sus divergencias con respecto a la psicología de las religiones. Se ilustra finalmente la diferencia de edades entre un maestro activo intelectualmente y un discípulo ambicioso y enérgico con la relación en Chile de Ignacio Matte con Arturo Prat.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo pretende reseñar algunos de los episodios del cisma entre Freud y Jung, que llevó a una de las primeras disidencias dentro del movimiento psicoanalítico. Esto, desde el periodo de cercana camaradería entre 1905 y 1911, hasta la ruptura final el crucial año 1913. Florian Illies (1) ha señalado las múltiples coincidencias históricas en ese año que llevaron a desenlaces

fatales: la Gran Guerra, en la historia europea, y la separación de dos psicoanalistas que llevó a desarrollos divergentes y a múltiples escisiones posteriores. Sigmund Freud, que en los primeros años del nuevo siglo había salido de su “espléndido aislamiento”, en que solo podía dialogar con sus estatuillas (2²), a la formación de su grupo de cercanos seguidores, primero en Viena y luego en diversas ciudades tales como Budapest, Zurich, Berlín y Londres. El interés de Carl Jung abrió puentes con

¹ Facultad de Medicina, Universidad de los Andes rflorenzano@gmail.com

² La descripción de Jung del sueño es la que sigue: “Vi caballos siendo levantados por gruesos cables a gran altura. Uno de ellos era un poderoso caballo de bronce, con amarras como si fuera un paquete, me impresionó especialmente. Repentinamente uno de los cables se cortó y el caballo cayó a la calle. Pensé que había muerto. Pero inmediatamente se levantó y huyó al galope. Me di cuenta de que el caballo arrastraba un tronco grueso por detrás, y me pregunto cómo podía avanzar tan rápidamente. Estaba claramente asustado y fácilmente podía provocar un accidente. Apareció entonces otro jinete en un caballito pequeño y se colocó lentamente frente al grande, el cual moderó entonces su paso. Yo aún temía que el grande podía atropellar al jinete, pero surgió un carro que se cruzó frente al caballo, a un paso aún más lento. Me dije que todo estaba bien, que el peligro había pasado”.

la psiquiatría académica, lo que entusiasmó a Freud, nominándolo su “Príncipe de la Corona” (Kronprinz). En el viaje a Estados Unidos por invitación a Clark University, Freud pensó que se consolidaría esta expansión, que describió como “sus años de gloria”. El viaje de ambos genios fue a la vez la consagración pero también el primer cisma en un movimiento que su fundador esperaba estuviera férreamente cohesionado a su alrededor. Materia de muchos análisis ha sido un sueño de Carl Jung (3), que este primero remitió epistolarmente a Freud (2), y que luego llevó a sesiones sucesivas de análisis conjunto. La tensión entre ambos surgió abiertamente durante el viaje a Estados Unidos, que cada uno trató en sus biografías de mostrar como un éxito personal, y no del grupo de psicoanalistas que los acompañó, y en los años posteriores varias de las obras claves de cada uno fueron un modo –abierto o encubierto– de polemizar con el otro. El tema del conflicto de padres e hijos fue tratado *in extenso* por Freud en “Totem y Tabú” donde desde una perspectiva de antropología cultural mostró cómo los padres eran asesinados por la horda primitiva conformada por sus hijos (4). En su libro aludido Illies comenta cómo en enero de 1913 Freud recibió por primera vez a una mujer en su grupo de los miércoles: Lou Andreas Salomé, también de origen eslavo, y que había sido amiga de Wagner, Nietzsche y ahora se interesaba en Freud. Ella relata cómo Freud estaba muy preocupado por su disputa con Jung, y le comentó cómo en “Totem y Tabú” estaba esa temática, que tiene amplios antecedentes históricos y literarios: en la historia europea los reyes tenían que protegerse de su progenie, y los príncipes de la corona, sus herederos oficiales, eran a la vez entrenados por sus padres y maestros, y mantenidos distantes para que no se rebelaran en su contra. Shakespeare ha inmortalizado el tema en *Hamlet*, *Rey Lear* y otros. En el imperio turco otomano, Suleiman el Magnífico preparó a su hijo mayor, el príncipe de la corona, Mustafá, para sucederlo, pero terminó decapitándolo (5). En la historia reciente de la corona austro-húngara el emperador Francisco José sufrió la pérdida de su Kronprinz el archiduque Rodolfo, cuando este se suicidó porque su padre no aceptaba su matrimonio no dinástico, teniendo luego una relación muy ambivalente con su sucesor, el archiduque Francisco Fernando (6). La competencia entre padres añosos e hijos jóvenes y entusiastas era un tema que también influyó en el tema de este artículo. Lehman (7) ha estudiado esto en un artículo en que analiza el sueño de los caballos de Jung, al que volveremos más adelante.

En resumen, el objetivo de este trabajo es mostrar cómo las relaciones entre padres e hijos, sean biológicos o intelectuales, pueden interferir en sus cursos

vitales de modo a veces negativo, otras veces creativo. El ejemplo de estos dos autores ilustra ambos desarrollos: si bien compitieron abiertamente, las ideas de cada uno influyeron en la vida y obra del otro.

EL CICLO VITAL Y LOS “AÑOS DE GLORIA” DE FREUD

Sigmund Freud nació en Freiberg, Moravia, en 1865, en uno de los límites del Imperio Austro-Húngaro marcada por centurias de luchas étnicas y tribales. Esta zona perteneció sucesivamente a los sultanes otomanos, a los zares rusos, a los reyes de Hungría, y a los emperadores de la doble Corona Austro-Húngara. Su origen judío oriental (*ostjuden*) marcó a Freud en una época en la cual los progroms eran frecuentes, y en su biografía relata cómo vivió la humillación de ver a su padre recoger humildemente su sombrero y cambiarse de vereda al ser interpelado por un ciudadano ruso. Este padre, casado en terceras nupcias con la madre de Freud, trasladó a la familia a la capital del Imperio, donde el joven Freud estudió medicina en condiciones misérrimas y comenzó su carrera de investigador en una Escuela de Medicina donde habían profesores e investigadores de fama mundial, como sus maestros Meynert, Hering y su mentor y amigo, Josef Breuer. La limitación económica hizo que decidiera en algún momento dejar la academia y dedicarse a la práctica privada, recibiendo casos que Breuer, médico de prestigio, le derivaba. La decisión de casarse con Martha Bernays, de una familia judía alemana prestigiada, nieta del Gran Rabino de Hamburgo, hizo que tuviera que buscar un medio de ganarse la vida para poder educar bien a sus hijos. Sigismund Schlomo (luego Sigmund) que había sido el hijo favorito de su madre, como médico se destacó desde temprano por sus investigaciones básicas, y luego por sus audaces teorías acerca de la sexualidad infantil temprana, acerca de la naturaleza de los traumas psicológicos, y el desarrollo de un método, el psicoanálisis, que es a la vez una teoría acerca de la mente humana, un modo de investigar el mundo interno, y una terapia para los cuadros neuróticos. Después de largos años en que se sintió excluido por la sociedad vienesa, por el *establishment* académico y médico, predominantemente católico y con una nobleza que desvalorizaba a los inmigrantes, especialmente si provenían de las provincias orientales (8). Sin embargo lentamente sus puntos de vista fueron aceptados primero (desde 1905) por un círculo fiel de seguidores, la mayoría médicos vieneses de origen hebreo, y luego por académicos de otras latitudes, inicialmente en Suiza donde en la Clínica Burghozli del afamado profesor Eugen Bleuler, un joven psiquiatra llamado Carl Gustav Jung comenzó a

aplicar sus teorías. En la misma década, en Berlín, Karl Abraham empezó a usar su método, en Inglaterra Ernest Jones hizo lo mismo, tal como Paul Ferenczi en la cercana Budapest. Cuando escribió en 1910 (9) sus primeras notas autobiográficas, podía decir confiadamente que el psicoanálisis estaba creciendo internacionalmente, y que aun en la lejana Sudamérica estaba siendo aplicado por un médico de origen suizo-alemán, el Prof. German Greve. Dentro de este periodo triunfalista de su vida, fue visitado primero y luego consolidó una cercana colaboración con el antedicho Dr. Jung.

Tal como Freud había nacido en los límites exteriores del Imperio de los Habsburgo, el año 1856 en Priborg (en alemán Freiberg), Moravia (en el límite oriental de la entonces Checoslovaquia, hoy República Checa), Carl Jung lo había hecho veintiún años después, en 1875 en la zona alemana de Suiza, en la periferia del Imperio de los Hohenzollern, en los años en que la victoria de Prusia en la Guerra con Francia había hecho que el poder tanto militar como industrial y científico de Alemania llegara a su cúspide. En biología la teoría celular de Virchow, así como las investigaciones genéticas de Gregor Mendel hacían que la medicina alemana fuera internacionalmente reconocida y admirada. Neuropsiquiatras alemanes tales como Griesinger y Kraepelin describieron cuadros clínicos que constituirían la médula de la psiquiatría descriptiva por más de una centuria, y la clínica Burghozli en Zurich era internacionalmente prestigiada. Jung nació en Keswill, al borde del lago Constanza, en 1875, en el seno de una familia de origen alemán. Su padre fue un pastor protestante, hombre introvertido, piadoso, y atormentado por continuas dudas existenciales. Su madre era una mujer bonachona, conversadora y de gran sentido del humor, extrovertida y sencilla. Esta polaridad resurgirá posteriormente en la tipología jungiana, con sus extremos opuestos de intro y extroversión. El contraste entre lo material y lo espiritual fue una temática constante en este autor, como lo ha destacado De Castro en su estudio acerca de Jung (10). Este estudió Medicina en la Universidad de Basilea, interesándose allí rápidamente por la Psiquiatría, especialidad donde percibió que podría estudiar “el cruce entre la naturaleza y el espíritu”. Después de graduarse fue médico residente en la Clínica Burghozli. Allí leyó primero y aplicó después los métodos de Freud en los pacientes que Bleuler había re-bautizado como “esquizofrénicos”, a partir de las descripciones kraepelinianas de las formas de “demenia precoz” (11).

En la década siguiente se desarrolló una cercana relación profesional entre Jung y Sigmund Freud. Esa relación comenzó cuando Jung revisó, a instancias de

Bleuler, *La Interpretación de los Sueños*, el *opus magnum* de Freud. En esos tiempos Jung estaba desarrollando un método para comprender el mundo de los enfermos mentales, y la teoría freudiana de la represión le sirvió para desarrollar su *Estudio sobre la Asociación de Palabras*, publicado en 1906. Entre ese año y 1913 su produjo un activo intercambio entre ambos, con sucesivas visitas de Jung a Freud. En la primera de ellas hablaron 13 horas seguidas (13). Para Freud, el ser reconocido por psiquiatras de un centro del prestigio del Burghozli en Zurich significaba abrirse fuera del grupo vienés y de la identidad judía de su novel ciencia. Citándolo textualmente: “su aparición en escena fue lo que le permitió al psicoanálisis escapar al peligro de convertirse en una cuestión nacional judía”. El mismo razonamiento llevó a Freud a nombrar a Jung su heredero intelectual. En una carta de abril de 1909 dice: “Le adopté a Ud. formalmente como hijo primogénito, ungiéndole como sucesor y formal heredero”. Jung se transformó rápidamente en el primer presidente de la recién creada Asociación Psicoanalítica Internacional, así como en el redactor principal del *Anuario del Psicoanálisis*. Varios de los aportes de Jung al movimiento analítico han quedado institucionalizados desde entonces, como por ejemplo la obligación de un análisis didáctico o de entrenamiento, que hoy se exige a todo analista.

Los gérmenes de la ruptura entre Freud y Jung existían ya desde temprano. El primero daba en su teoría un rol central a la sexualidad, centralidad que Jung nunca le otorgó. Para el segundo había otros factores importantes, tales como “la adaptación social, las pretensiones de prestigio, el alimento, la ambición de poder, etc.”. Este último elemento jugó probablemente un papel para ambos hombres, al desarrollar también Jung su propio movimiento, la “psicología analítica”, centrado en sus ideas. La obra posterior de Jung, que comienza con *Símbolos y Transformaciones de la Libido* (13), le alejó cada vez más del pensamiento freudiano. Su concepción de libido fue muy amplia (para él era sinónimo de energía psíquica y no de energía sexual como lo postulara Freud). Asimismo, Jung pasó a preocuparse cada vez más de temas religiosos, área que para Freud no tenía importancia, o más bien constituía una ilusión infantil. En *El Hombre y sus Símbolos* Jung plantea que la idea de Dios es importante y que “el hombre necesita convicciones e ideas generales que le den sentido a su vida y le permitan encontrar su lugar en el Universo”.

Fuera de sus diferencias teóricas, el distanciamiento entre ambos autores se ha atribuido a situaciones biográficas y personales. Davis (14) en su análisis de esa relación, señala que ambos autores se conocieron en

momentos diversos de sus ciclos vitales. Jung tenía 31 años, y necesitaba activamente un mentor que le diera confianza en sus aportes y contribuciones. Freud, a los 52 años, estaba en plena madurez y en una etapa en la cual quería formar un grupo de seguidores fieles que difundieran sus ideas. Freud había salido hacia relativamente poco de una prolongada y compleja interacción intelectual con el médico berlinés Wilhelm Fliess, y creyó encontrar en Jung un amigo-discípulo más joven. Históricamente Freud se llevó mejor con hermanos mucho menores que él, pero tuvo dificultades con su primo mayor, Iván, y tuvo que elaborar en su análisis sus sentimientos encontrados con respecto a la muerte súbita del hermano que le siguió inmediatamente, Julius. Freud, en su correspondencia con Jung, aludió directamente a las bases edípicas de la amistad y separación de ambos. Es claro que el segundo no aceptaba volver a tener una figura paterna misteriosa y distante, sino que requería una relación más cercana y cálida.

LA RUPTURA

Los años 1912 y 1913 marcaron la separación definitiva de Sigmund Freud con Carl Gustav Jung. De allí en adelante ambos autores tomaron caminos divergentes, y la palabra psicoanálisis no fue ya un monopolio freudiano (15). Es interesante que ese primer cisma en la historia del psicoanálisis se produjo meses antes del comienzo del gran quiebre de la historia reciente de Occidente: la Primera Guerra Mundial.

“Cherchez la femme”

Sabina Spielrein, paciente rusa de gran interés para esta historia, fue internada en la Clínica Bùrghozli en 1904 cuando tenía 20 años. Jung era médico residente, y le correspondió tratarla, aplicando en ella los noveles métodos del profesor Freud. Fue dada de alta en abril de 1905, y tomada como paciente ambulatoria por el mismo Jung, con quien había desarrollado una cercana amistad. Durante ese tratamiento entró a estudiar Medicina en la Universidad de Zurich, graduándose de médico en mayo de 1911, con una tesis sobre “Los contenidos psicológicos de un caso de esquizofrenia”. El psicoanalista italiano Aldo Carotenuto (16) ha descrito vívidamente el desarrollo de una transferencia psicótica por parte de Spielrein, quien se sintió locamente enamorada de Jung, lo presionó en una relación íntima, y recurrió a Freud cuando la relación fue interrumpida por su terapeuta. Los sucesos de este encuentro terapéutico fueron la base de los escritos de Jung sobre la psicología de la transferencia, y de los del propio Freud

en *Observaciones sobre el amor de transferencia* (1914). Spielrein después de 1918 participó activamente en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, presentando trabajos que anticiparon las teorías kleinianas sobre el pecho bueno y malo, y las de Winnicott sobre creatividad y femineidad. En 1923 volvió a su Rusia natal, y fue miembro de la Sociedad Psicoanalítica de ese país hasta 1937, en que desapareció durante las purgas antipsicoanalíticas y antijudías de Stalin. Si bien su presencia gatilló una distancia progresiva entre ambos genios del psicoanálisis, hubo diferencias tanto biográficas como teóricas entre ambos.

EL VIAJE A ESTADOS UNIDOS

A pesar de las afinidades intelectuales de los dos médicos, y de su común formación en centros académicos prestigiados bajo la influencia de la medicina alemana, Freud y Jung diferían, como lo ilustra el episodio en que en 1911 Freud viajó a Estados Unidos invitado a dar una serie de conferencias sobre el psicoanálisis en la Universidad de Clark, donde fueron invitados también varios de sus colaboradores más cercanos, tales como Ernest Jones, Sandor Ferenczi, Karl Abraham y el mismo Carl Jung. Mientras que Freud viajó en una cabina económica en el barco que los llevó a Nueva York, Jung lo hizo en primera clase en una suite lujosa. Jung se había casado con la heredera de una fortuna que le permitió vivir siempre de manera cómoda y sin apuros, mientras que Freud tuvo que constantemente esforzarse por criar a sus siete hijos, viviendo en el segundo piso de una carnicería en el barrio judío de Viena. El tema económico no era indiferente para Freud, y la prosperidad de su joven discípulo puede haber sido un elemento comparativo importante. Asimismo, en Nueva York era Freud esperado por su cuñado, Eli Bernays, que había emigrado a Estados Unidos tempranamente, donde había triunfado en el comercio. Freud ya tenía una mala opinión de este país antes de viajar, que fue confirmada por su única experiencia allí: atribuyó con frecuencia sus posteriores problemas de salud a las incomodidades sufridas en ese viaje (17).

Algunos hechos de ese crucial viaje en 1911 han sido estudiados en detalle, con acceso a fuentes bibliográficas norteamericanas, por Rozensweig (18). Freud, en su descripción retrospectiva de ese viaje de 1925 describe cómo este fue el primer reconocimiento oficial de sus ideas en un país emergente. Él tenía 53 años y se sentía lleno de confianza y energía. El modo cómo lo describe es decidor: “cuando subía la plataforma de Worcester para dar mis Cinco Conferencias sobre el Psicoanálisis, parecía como la realización increíble de un

sueño: el psicoanálisis ya no era un producto del delirio, sino parte valiosa de la realidad". El recibir su Doctorado Honoris Causa de una universidad norteamericana fue un homenaje importante para un hombre que se sentía no aceptado en su propio medio académico, en Viena. El recuerdo de Jung fue distinto: para él la invitación fue un reconocimiento a sus propios méritos (en *Memorias, Sueños, Reflexiones* dice: "En forma simultánea e independiente, Freud fue también invitado"). La conferencia dada por Jung presentó material clínico tomado de su hija Agata, que a la sazón tenía cuatro años, y que presentaba síntomas angustiosos que tanto Jung como Freud veían como una confirmación de las ideas freudianas sobre sexualidad infantil. Estas habían surgido cuando la madre de Agata estaba nuevamente embarazada con su 5º hijo, y corresponde a un periodo tenso en el matrimonio de Jung, cuando la amistad de Carl con Sabina Spielrein estaba en su apogeo.

DIFERENCIAS TEÓRICAS

Las diferencias teóricas, tema que hemos revisado en otra publicación (19), se produjeron en la medida que Jung, que si bien comenzó aplicando al pie de la letra el método preconizado por Freud, desarrolló luego puntos de vista propios por lo menos en tres áreas (20): sus ideas sobre arquetipos y complejos, su reconceptualización del *self* (o "sí mismo"), y su teoría sobre el desarrollo de la personalidad como proceso de individuación diferente según el tipo psicológico de cada persona. La idea de complejos proviene de otro disidente temprano, Alfred Adler, pero que Jung desde 1919 denominó arquetipos. Estos serían análogos psicológicos de los instintos ("la percepción del instinto de sí mismo", o "el autorretrato del instinto"). Ambos conceptos serían imágenes en espejo, uno en biología y otro en psicología. Uno puede ser explorado "hacia abajo", para profundizar en las bases etológicas o biológicas de lo humano, o bien "hacia arriba", para explorar el dominio de las ideas, la inspiración creativa o lo espiritual. Jung, en sus estudios, tomó la segunda dirección, hacia lo trascendente. En segundo término, la conceptualización jungiana del Yo la desarrolló en tres áreas: como un arquetipo de la conciencia, existiendo un complejo yoico que posee un conjunto de capacidades innatas; luego, como un elemento de la estructura psíquica en términos de sus relaciones con el *self*; y finalmente, desde un punto de vista evolutivo, como una instancia que, recibiendo diversas demandas a lo largo de la vida, va por lo tanto cambiando. Para Jung el Yo es el centro de la conciencia, la entidad responsable de la identidad y continuidad personal en el tiempo y espacio. El Yo está

rodeado de diversos complejos e imágenes arquetípicas. Cuando se conecta con otros complejos se produce la entrada a la conciencia de temas que son importantes para cada persona. El hombre está, así, determinado por complejos que surgen de lo profundo y que se ligan al Yo. Evolutivamente el Yo surge al servicio de otra entidad superior a él: el *Self* (sí mismo). Dado que el inconsciente es mayor que el consciente, es necesario hipotetizar algo superior al Yo. El *self* existe desde el comienzo del desarrollo individual, y "mueve al Yo", prefigurando inconscientemente el desarrollo de este. El Yo trata de dominar la psiquis y el *self* no acepta ese intento: el destino individual se realiza en la medida que se avanza o retrocede en esta tensión. Jung concede especial importancia a la función trascendente del Yo, integra aspectos opuestos. Por ejemplo, tanto la espiritualidad como la sensualidad, pares opuestos que tratan de imponerse, llevan a un nuevo producto que arriesga escindir al Yo, a no ser que este sea lo suficientemente fuerte como para proteger al producto nuevo, que trascenderá a ambos extremos. La fuerza del Yo ayudará a este triunfo, pero también Jung enfatiza que la mera existencia de este producto intermedio fortalecerá al Yo, que tendrá una nueva actitud, menos escindida, para enfrentar la vida y ampliar así el campo de la conciencia. Esta función trascendente permite que los opuestos dialoguen y se influyeran mutuamente, trascendiendo sus posiciones anteriores, inconscientes, y desarrollando un producto intermedio, consciente. Finalmente, Jung formuló su teoría general de los tipos psicológicos, en la cual planteó dos actitudes básicas frente al mundo externo: la de los introvertidos, que se energizan desde su interioridad o mundo interno, y los extrovertidos, que lo hacen desde la exterioridad. Estas actitudes se cruzan en cuatro funciones que se dividen en dos pares: el racional –pensar y vivenciar– y el irracional: sentir e intuir. La función del pensar, para Jung, se enfoca en saber sobre algo: nombrar y ligarlo a otras cosas, clasificándolo; la del vivenciar, en ligarse afectiva o valóricamente a un hecho; la de sentir a la de experimentar algo a través de los sentidos, sin definirlo necesariamente; finalmente, el intuir es ligado por Jung con el saber hacia dónde va una situación dada, en forma irreflexiva y sin poder justificar racionalmente esta premonición. Jung, en su modelo, balancea las funciones superiores, o primeras, y las inferiores, o auxiliares.

Desde antiguo, el símbolo de la conciencia del Yo ha sido el camino del héroe, que representa la lucha por las aspiraciones humanas, así como los conflictos que el hombre debe afrontar a lo largo de su ciclo vital. En la jornada que debe reconocer el héroe está representado un gran número de mitos que comparten el rasgo

común de llevar a un reconocimiento de la luz a partir de la oscuridad. En Perseo, Hércules, Edipo, Moisés, Arturo y otros se repite la historia: el héroe nace de una madre virgen, con un padre real emparentado a su madre, en circunstancias poco usuales, que se explican por el hecho de que el héroe es el hijo de un Dios. Al nacer su padre o su abuelo materno tratan de matarlo, pero es ocultado y criado en un país o lugar lejano. Después de una larga jornada erizada de peligros, en que triunfa sobre gigantes, dragones o bestias salvajes, se transforma en rey y se casa con una princesa. Todo va bien hasta que pierde el favor de los dioses o de su pueblo y es desterrado, encontrando luego una muerte misteriosa, generalmente en la cumbre de un cerro. Si tiene hijos, estos no son sus sucesores y su cuerpo no es enterrado.

DIFERENCIAS RELIGIOSAS

El proceso de individuación para Jung se dirige hacia dentro, y su fin es la integración de las partes conscientes e inconscientes –cuyo centro es el Sí mismo– que lleva a que el hombre pueda trascender experimentando en sí mismo una felicidad en términos positivos. Para Jung el Sí mismo no es lo mismo que Dios, pero sirve para que éste se exprese (“el Sí mismo nunca es puesto en sitio y lugar de Dios pero puede ser receptáculo de la Gracia Divina”). Esta búsqueda de la gracia es denominada por Jung, en su obra *Psicología y Religión*, impulso o función religiosa. Para él, a diferencia de Freud, las ideas religiosas “no fueron inventadas nunca, nacieron con la humanidad”. Se desarrollaron desde épocas en las que no se había aprendido a emplear el espíritu como actividad que se ajusta a fines. Antes que los hombres aprendieran a producir pensamientos, los pensamientos les vinieron. Los hombres no pensaron sino que percibieron la función espiritual. El hombre, así, no inventó la religión ni los símbolos religiosos. Solamente ha percibido, ha sido consciente, de la manifestación religiosa.

Las diferencias de creencias entre ambos próceres del psicoanálisis también tuvieron un rol en su alejamiento, y las raíces de ambas se encuentran en sus respectivas biografías. Si bien la dificultad de Freud en aceptar la actitud débil y sumisa de su padre en el episodio en Moravia antes mencionado ha sido ampliamente difundida desde la biografía de Jones, no es menos cierto que Jung tuvo problemas con el tipo de religiosidad de su propio padre, que era un pastor luterano que venía de una familia de origen alemán donde había por lo menos otros ocho pastores de la misma confesión religiosa. Stein en su libro sobre el tema (21) ha planteado que lo que intentó Jung en sus diversos

escritos acerca de la religión fue elaborar los problemas del cristianismo a partir de sus estudios sobre el inconsciente colectivo y la arquetipología del simbolismo. El padre de Jung era extraordinariamente rígido, resignado a un rigorismo que fue compensado por una madre llena de vida, afectuosa y práctica. El mismo Jung ha descrito a su padre como “siempre sufriente de heridas infligidas por Amfortas”; y a sí mismo como un Parsifal tonto, que solo podía presenciar ese sufrimiento y se sentía incapaz de curarlo. Meissner, comentando el libro de Stein, señala la rabia reprimida de Jung hacia su padre y hacia el peso de su rigorista religión en la vida de este. El mismo Meissner señala cómo Jung desplazó su rabia hacia el padre hacia su padre intelectual, un Sigmund Freud al cual también vio como estricto, rígido y autoritario. Ya citamos la carta en la cual le dice: “usted nos trata como hijos o hijas que tienen que reconocer sus faltas, mientras que usted se mantiene como un padre distante. Por mera deferencia nadie se atreve a tirarle la barba al profeta” (22). Jung vio a Freud como neurótico y conflictuado, y trató de ayudarlo analizando esta neurosis. Plantea Meissner que posteriormente también Jung volcó su furor sanandi en el cristianismo, pasando a un ataque iconoclasta sobre los dogmas de la religión Cristiana. Esto lo llevó, en la segunda mitad de su vida, a un progresivo alejamiento de la teología luterana y a un intento de rehacer la religión a su propia imagen, intento para Meissner cercano a la psicosis, con la idea de la “Teofanía” cada vez más importante: transformarse en su propio dios.

EL CICLO VITAL Y EL MITO DEL VIAJE DEL HÉROE

Desde la psicología evolutiva freudiana, Erik Erikson (23) sistematizó el concepto de ciclo vital individual. Freud inició este desarrollo con el concepto de etapas del desarrollo psicosexual, ligando los momentos iniciales del desarrollo del niño (fases oral, anal, falico-genital, latencia y adolescencia) con fijaciones libidinales específicas. El planteo jungiano se liga a su concepto de arquetipos e inconsciente colectivos, señalando que existen mitos universales, compartidos en todas las culturas. Entre estos, el del *Viaje del Héroe*, estudiado en nuestro medio por Hernán Baeza (24), es especialmente interesante. Se liga al desarrollo del individuo dentro de una particular familia y cultura, para independizarse y emprender rumbo propio, que muchas veces lo lleva a lugares apartados, peligrosos y desconocidos. Luego de triunfar en este circuito, vuelve al terruño con mayor experiencia y sabiduría. Los puntos de vista narrativistas actuales han enfatizado este circuito y su valor diagnóstico y terapéutico (25).

COMENTARIOS Y DISCUSIÓN

La polémica acerca de la importancia y consecuencias de la disidencia jungiana ha sido amplia. En nuestro medio Davanzo (26) ha escrito tanto sobre los puntos de vista teóricos de ambos padres del psicoanálisis como acerca de sus diferencias personales y biográficas. Asimismo, ha hecho interesantes comparaciones acerca del comienzo del movimiento psicoanalítico chileno, donde también el padre de la disciplina en Chile, Ignacio Matte Blanco, tuvo un “príncipe de la corona”, el Dr. Arturo Prat Echaurren, con quien posteriormente hubo un alejamiento. Prat visitó a Jung en Bollingen y profundizó en especial en analistas jungianos franceses tales como Françoise Dolto (27).

La psicología jungiana es el prototipo de lo que se ha denominado una “psicología profunda”, tema antiguo en psicoanálisis. La psicología académica es desde este ángulo vista como superficial, al estar demasiado apegada a los contenidos de la conciencia; a la psicología del Yo se le ha criticado su “poca profundidad”. Se hace así un paralelo entre lo oculto, lo escondido y lo valioso y lo importante. La cura analítica se transforma en una excursión espeleológica hacia las profundidades de la personalidad, asumiendo que los hechos descubiertos en las profundidades del inconsciente iluminarán y posibilitarán el desarrollo y la individuación personales. Existe un riesgo en el uso excesivo de la metáfora o analogía entre profundidad, primitivismo y psicosis. El valor terapéutico de esta interconexión ha sido quizá sobrevalorado. Una característica del pensamiento esquizofrénico es la interpretación literal de la metáfora, y la anterior confusión entre lo primitivo, lo profundo y lo psicótico puede llevar a simplificaciones extremas. En la jerga habitual del psicoanálisis se tiende a hablar de defensas primitivas y entender, incorrectamente, que se está hablando de un funcionamiento psicótico. Un modo de evitar caer en estas distorsiones es el mantener una perspectiva histórica. El pensamiento de Freud, tal como lo ha señalado Rapaport, se dio en sucesivas etapas (28), lo que hizo que los puntos de vista de algunos de sus discípulos hayan surgido de momentos del pensamiento del maestro en el cual este todavía no desarrollaba puntos de vista que después se consideraron obvios. Por ejemplo, en su periodo de estudios clínicos el tema de lo profundo fue frecuentemente utilizado por Freud en comparaciones de tipo arqueológico, comparando la labor del analista con la del científico que descubre lenguajes ocultos o que desentierra restos de etapas prehistóricas. Esta aproximación fue popular en una época y de hecho fue explícitamente adoptada por Jung e implícitamente por Melanie Klein. En este

sentido, los pensamientos jungiano y kleiniano tienen más cercanía de lo que generalmente se les concede, cercanía ocultada por el hecho de que ambos autores adoptaron marcos referenciales diferentes: el topográfico Jung y el evolutivo Klein. Esto supone que lo que es profundo en Jung (en el sentido de estar enterrado en el inconsciente), es primitivo en Klein (en el sentido de venir de estadios tempranos del desarrollo).

Uno de los méritos innegables de Jung fue el de abrir el pensamiento freudiano, inicialmente dogmático alrededor de la importancia de la sexualidad no solo en la génesis de las neurosis sino en su concepción del desarrollo normal, a otras motivaciones. En los años posteriores a su ruptura con Jung, Freud concedió importancia similar a la que antes dio a la sexualidad, al amor a sí mismo (narcisismo), a la agresividad (impulso tanático) y luego complejizó su modelo topográfico inicial con el modelo tripartita estructural, más sofisticado desde diversos puntos de vista. Sin embargo, persistió en su demostración de mayor interés en las motivaciones propias de la naturaleza biológica de la persona, cerrándose al tema de las motivaciones más altruistas, sociales y espirituales.

En el terreno espiritual Jung desarrolló un intento amplio, y quizá confuso. Su reconocimiento de la función religiosa y del concepto (o arquetipo) de Dios fue de importancia para muchos que encontraban la cosmovisión freudiana excesivamente reduccionista. Sin embargo, el camino seguido por Jung, a través de su estudio de los mitologemas orientales y de la tradición alquimista del medioevo, lo hicieron alejarse de la visión más racional del Dios cristiano y de la tradición filosófica de Occidente. La renuncia de Jung a la metafísica, y su profesión de fe agnóstica hicieron que no desarrollara su sistema dentro de una visión de un Dios objetivo, externo al hombre y cuya realidad se le impone desde la ley natural. En ese sentido, Ricoeur ha criticado a Jung como confuso: “Con Freud, sé donde estoy y adónde voy; con Jung, todo corre el riesgo de confundirse: el psiquismo, el alma, los arquetipos, lo sagrado” (29). Jorge Peña Vial ha señalado en nuestro medio cómo Jung ha vuelto a ponerse de moda recientemente, en una época posmodernista de cansancio racional, precisamente por su oposición al cientificismo tan venido a menos en nuestros días: su pensamiento desbordó los cauces de la psicología o del psicoanálisis tradicionales, interesándose por la parapsicología, el espiritismo, la astrología, la vida después de la muerte, la precognición, etc. (30).

Tal como señalamos en la Introducción, las vidas del maestro, en este caso Freud, y del discípulo, en este caso Jung, se entrelazan indisolublemente. Ambos hombres

mostraron sentimientos ambivalentes que fueron primero inconscientes y luego abiertos: Freud pasó del cariño filial por un joven psiquiatra 21 años menor que le abría las puertas del reconocimiento académico, al enojo con el desarrollo de ideas independientes del ambicioso adulto que no aceptaba algunos de los postulados básicos de su teoría y que elaboraba un marco conceptual independiente para su psicología analítica. Sus rupturas con la técnica y la intensidad de su relación con una de sus pacientes arriesgaba la respetabilidad de su procedimiento terapéutico. Sus ideas sobre espiritualidad eran distintas de su ateísmo expreso. Para Jung, Freud era la reaparición de un padre rígido y poco comprensivo, que quería imponer sus puntos de vista tradicionales y no aceptaba la novedad de sus teorías. Era alguien que podía interferir en sus relaciones personales, y vislumbrar las fisuras en su estructura psicopatológica que recientemente han emergido más abiertamente con la publicación de su *Libro Rojo* (31). Sin embargo, a pesar de esta ambivalencia, es claro que el contacto de ambos genios llevó a que cada uno profundizara en sus propios puntos de vista, que se terminaron fertilizando mutuamente.

REFERENCIAS

1. Illies F. Un año hace cien años, edit. Salamandra, Barcelona, 2013, pp. 32-34
2. Bolognini S. Pasajes Secretos: Teoría y Técnica de la Relación Interpsíquica. Lumen, Buenos Aires, 2011
3. Jung CG. Memories, Dreams, Reflections. Vintage Books, London, 1965
4. Florenzano R. Totem y Tabú Hoy Día. Rev Chil Psicoan 2014; 31(3): 6-14
5. Clot A. Suleiman the Magnificent. Saqi Books, Londres, 2005
6. Tuchman B. The Guns of August: The Outbreak of War. Random House Nueva York, 2004
7. Lehmann H. Jung contra Freud/Nietzsche contra Wagner. Int J Psychoan 1986 13: 201209-
8. Gomberoff L. Freud y el Judaísmo. Mimeografiado, Asociación Psicoanalítica Chilena, 1998
9. Freud S. Notas Autobiográficas, 1910
10. De Castro R. Introducción a la Psicología de Carl Gustav Jung. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile 1993
11. Ghaemi NS. Psiquiatría: Conceptos, Mediterráneo, Santiago de Chile, 2008
12. Estay R. CG Jung: Introducción a su obra, su tiempo y sus principales contribuciones. Revista Chilena de Neuropsiquiatría, 32: 295-303, 1994
13. Jung CG. Símbolos y Transformaciones de la Libido
14. Davis DA. Freud, Jung and Psychoanalysis: Oedipus redivivus. Psychoanalytic Psychology 1990; 7: 185-209
15. Florenzano R. Breve Historia del Psicoanálisis. Santiago, Editorial Universitaria, 1998
16. Carotenuto A. A Secret Symmetry. Sabina Spielrein between Jung and Freud. Pantheon Books, Nueva York, 1982
17. Freud, Sigmund y Ana, Correspondencia 1904-1938. Paidós, Buenos Aires, 2014
18. Rosenzweig S. Freud, Jung and Hall the King-Maker. The Historic Expedition to America. St. Louis, Mo, 1992
19. Florenzano R. Jung y las profundidades del Inconsciente. Conferencia en Curso "Una Mirada al Alma". Universidad Nacional Andrés Bello, Santiago de Chile, 1998
20. Samuels A. Jung and the Post Junguians. Routledge and Kegan, Londres, 1985
21. Stein M. Jung's Treatment of Christianity: The Psychotherapy of a Religious Tradition, Willmete, Ill, Chalmette Publications, 1985. Comentado por Meissner WW, Psychoanalytic Quarterly, 58, 1987
22. Freud A. Correspondencia Freud Jung., edit. Taurus, Madrid, 1977, p. 547
23. Erikson EH. Identity and the Life Cycle. Nueva York, International Universities Press, 1959
24. Baeza H. El Viaje del Héroe, mimeografiado, Santiago de Chile, 2014
25. Florenzano R. En el Camino de la Vida: Estudios sobre el Ciclo Vital desde la Adolescencia hasta la Muerte. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1993
26. Davanzo H. Freud y Jung. El Inconsciente. Conferencia en Curso "Una Mirada al Alma". Universidad Nacional Andrés Bello, Santiago de Chile, 1998
27. Prat A. Comunicación personal, 1968
28. Rapaport D. The Structure of Psychoanalytic Theory. International Universities Press, Nueva York, 1960
29. Ricoeur P. El Conflicto de las Interpretaciones. La Aurora, 1975
30. Peña Vial J. Jung. Mimeografiado, Universidad de los Andes, 1994
31. Jung CG. The Holy Grail of the Unconscious. Comentario Revista de Libros New York Times, 2014